[Relato Corto] La batalla

Manuel C.S.

Capítulo 1

Agna apenas piensa.

No le gusta.

Pensar no amerita la sangre; la invalida. No enaltece la pila de cráneos a medio hervir para fabricar trofeos: copas donde verter los néctares de Las Sabias para celebrar la victoria. No enorgullece su hacha, que de tantas muescas el mango adquiere nuevos agarres.

Pensar no limpia sus manos de sangre, las ensucia.

Agna tampoco quiere pensar en la suerte. Sus hermanas caen, pero ella sigue en pie. No se acuerda ni de sus nombres. Tampoco se detiene a recordar. Hacerlo duele, y ella prefiere celebrar cada latido. ¿Quién es ella para poner en juicio cosas que ni entiende, ni quiere comprender?

Y pensar tampoco ayuda en la batalla. Si Agna agarra su hacha deja que el arma piense por las dos. De lo contrario hay dudas. Una flecha enemiga podría aprovechar el titubeo para encontrar un nuevo hogar en su garganta.

Dalia era su amiga.

Dalia pensaba y lloraba por las noches mientras el resto celebraba.

Dalia tenía miedo.

Dalia dudó.

Dalia ahora solo es carne quemada tras la batalla de la colina. Comida para gusanos, cuervos y buitres. Mierda de alimañas que abonarán la tierra.

Y eso es bueno.

Pero Agna no lo ve así. Sabe que Dalia le pasó la enfermedad de Pensar. Tal vez lo hiciera al yacer juntas. En el pasado, sus partes picaron de mala forma al encamarse con otras de la comuna. Este picor, sin embargo, es diferente: no pica abajo, sino arriba; donde la hacía sentir cobarde. Ni siquiera conseguía el valor para hablar con las Sabias y pedir un remedio. ¿Y que les diría? ¿Qué Agna ya no quiere luchar? ¿Qué Agna no puede evitar llorar la muerte de Dalia?

Antes muerta que parecer débil.

Afila su hacha y trata de no pensar. Mañana habrá otra batalla, y no está dispuesta a dejar que la enfermedad la corroa.

* * *

Para Rodrick, sus padres eran un recuerdo lejano.

Sus caras, sus voces e incluso el olor se mostraban confusos, y no tardó en descubrir que mutaban con el paso de los años; mientras más se distanciaba el recuerdo.

Y por entonces habían pasado décadas.

Recordaba, eso sí, un punto inmutable en la historia: las últimas palabras de su padre antes de que los Magos se lo llevaran.

«Serás un conquistador»

Luego los Magos dejaron un pago a la familia. Se lo llevaron consigo a la academia. Era un buen trato. El padre solo tuvo que fecundar a la madre, y luego ser bendecidos por los Dioses, un azar que hasta los monarcas más prósperos aspiran, con un hijo con el don de la magia. Una lotería genética a capricho del destino.

Uno entre un millón.

El padre perdió una mano que le ayudara en la cosecha; también ganó dinero como para mantener a su familia durante varios años.

«Serás un conquistador»

En la academia nunca le faltó de nada. El aprendizaje requería de disciplina, pero atrás quedaron los días en los que compartía plato con alguno de sus hermanos, o que dormía en un lecho de paja.

Y allí creció.

A las clases teóricas, aburridas para Rodrick, se le sumaban las prácticas. Su don le hacía destacar en estas últimas. Los estudiantes que no disponían de su suerte se esforzaban mucho más. El talento contra la dedicación. Descubrió demasiado tarde que poco importa si naces con una flor en el culo, si no sabes regarla.

Se fue quedando atrás. Su magia era poderosa, pero desbocada. Sus sortilegios carecían de la sutilidad de los más estudiosos.

Cada conjuro requería de palabras que se le atragantaban. Los rituales más complejos precisaban de una concentración para la que no estaba preparado.

«Serás un conquistador»

Y no fue nada. Los mismos profesores que lo alabaron, le dieron la espalda. Apenas acabó los estudios. Unos a los que jamás habría optado de no haber nacido con aquella suerte. Unos cuyos alumnos menos afortunados habían pagado en dedicación o dinero.

No fue conquistador, apenas un mero soldado para batallas que lideraban otros.

Apenas un peón.

—De cinco exploradores solo han vuelto dos —expuso Khager —. Por lo que sabemos, las Salvajes atacarán mañana desde la ciénaga. Incivilizadas, pero inteligentes. Saben que allí nuestro fuego es inútil; demasiada humedad. Ya nos han visto ganar otras batallas gracias a eso.

Khager desplegó el mapa de la ciénaga sobre la mesa de la tienda de campaña. La tela se ondeaba por la brisa nocturna. La luz del candil danzaba juguetona. El dedo del mago repasaba los dibujos azules circundados por el verde del bosque.

El batallón conjurador lo componían cinco, y Rodrick era el más poderoso. No por virtud, sino por naturaleza. Su magia era un foco inestable, errático y puro. El fuego al que se refería Khager tiñó los cielos de rojo. El tornado en llamas delimitó la victoria. Cuando la infantería entró al campo de batalla solo tuvieron que ensartar con sus lanzas y espadas los cuerpos a medio quemar. Las bárbaras supervivientes estaban demasiado asustadas y confundidas como para suponer una amenaza.

Khager era inteligente. Sabía dar uso de Rodrick. Jamás le pondría a encender lámparas de aceite con un conjuro menor, si es que no quería ver incendiado todo el campamento. Pero sabía cómo disponer de su brutalidad en la contienda, donde colocarlo para sembrar el caos. Rodrick descubrió con él que la magia no era el único don con el que los Dioses pueden sonreírte.

—¿Hielo entonces? —preguntó Jolyc.

Khager negó con la cabeza.

—¿Electricidad? —insistió Jolyc

Tras una mirada fría por parte de su capitán, el joven se encogió en silencio.

Rodrick le tenía estima. Jolyc, a diferencia de Agmer o Kroren, era ingenuo. Le recordaba las posibilidades que tuvo. Agmer y Kroren, sin embargo, habían saboreado demasiada sangre en la guerra. Le

recordaban al presente. Un pasado desperdiciado sumado a un futuro poco esperanzador.

—La electricidad funcionaría por áreas, y son conjuros demasiado complejos —Rodrick tragó saliva al darse por aludido —. Además, las salvajes van casi desnudas. Nuestra infantería lleva armadura. Les afectaríamos más a ellos. Dudo que nos permitan iniciar el combate tras el infierno de la colina.

—¿Entonces? —Kroren se apoyó en la mesa —.

Khager se atusó la oscura barba con las manos, pensativo.

—Me preocupan las Sabias. Ya las he visto reanimar los cadáveres de sus guerreras, y el agua de la ciénaga ocultaría los cuerpos. Solo tendrían que arrastrarse hasta nuestros guerreros, ocultas. Arrastrarlos, ahogarlos… probablemente algo peor.

—Putos zombies —bramó Agmer —La brujería está prohibida por algo, y estas salvajes la usan sin miramiento.

—Para ellas nosotros somos los salvajes —aseveró Rodrick.

Khager asintió.

—Salvajes o no, no son idiotas. Su tribu es fuerte, nos superan en número y utilizan los recursos que tienen. Las Sabias no van a caer hasta gastar su última baza.

—¿Y qué propones?

—Ni electricidad, ni fuego, ni hielo. Agua y viento.

Rodrick parpadeó perplejo. Agmer y Kroren se miraron entre ellos con una mirada cómplice, burlona, como si escucharán las majaderías de un loco.

Jolyc era el único que escuchaba con atención.

—Pensadlo bien. La ciénaga es un área extensa de lodo y agua que cubre hasta las rodillas. Si conjuramos sobre ella, y azuzamos los vientos, podríamos devolvérsela a sus guerreras. Nuestros hombres son fuertes, y sus armaduras pesadas. Las olas apenas les moverán, y de paso levantarán el suelo. Enterrarán a los cadáveres bajo kilos de barro. De levantarse, tendrán que hacerlo excavando si es que pueden moverse.

—Nuestros hombres tendrán que pelear con las botas llenas de tierra. Y adiós a la caballería ¿Estás seguro? — Kroren no parecía convencido.

—Los comandantes ya contaba con ello. Solo vamos a agravar el asunto hasta que la desventaja le afecte más al enemigo que a nosotros — Khager señaló a Rodrick —. Quiero que empujes el agua. Hacia ellas. Que lo hagas sin medirte. Quiero ver como derribas a esas brutas. Jolyc puede usar el viento para que te impulses. Tu solo tienes que preocuparte de lanzarles el jodido cenagal encima ¿Podrás?

Rodrick recordó que en la academia tuvieron que crear formas con el agua de un estanque. Casi todos los alumnos aplicaron sus estudios. Creaba hermosas esculturas; un cisne, una flor, un árbol. Aristas líquidas que levitaban ingrávidas, y de sus contornos caían lágrimas que dibujaban arcoíris.
Él solo consiguió volcar el agua; vaciar la mitad del estanque. Apenas supo como sostenerla en el aire.

«Serás un conquistador»

Rodrick asintió.

Khager sonrió.

Mañana empujaría el agua. Ahogaría a las Salvajes. Imaginaría que son cada una de las letras de la última promesa rota que le dedicó su padre.

* * *

Agna no puede evitarlo y piensa.

A su derecha rostros sin nombre. Su tribu se funde entre el follaje y la vegetación.

Las arqueras se colocan en sus puestos. Solo unos ojos entrenados puede verlas y Agna las ve. Subidas a los árboles. Los arcos son tan grandes que se confunden con las ramas de los árboles más altos. Los dedos cubiertos de maleza agarran la pala superior, y hasta utilizan los pies para empujar y estirar la cuerda. Cada flecha es gruesa. Parecen brazos, y la piedra de la punta los letales frutos del árbol que las guarece.

Junto a Agna caminan las hijas mayores de Las Sabias. Lo hacen desnudas, como hermanas. Solo las viste los ungüentos de guerra. Hacen que por cada arbusto que pasen se le pegue el verde a la piel.
Caminan por el barro en silencio. Agna no es la más grande, pero si la más furiosa.

Eso es porque no piensa.

Teme que la enfermedad la atrape en mitad de la batalla. Qué entre las flechas, el acero y la magia del enemigo, escuche la voz de Dalia.

Entonces dudará.

Entonces…

Sacude la cabeza.

Agna espera que nadie la haya visto en ese momento de debilidad. Sus hermanas no parecen preocupadas. Agarran sus hachas y cachiporras de piedra. Solo importa el frente.

El cenagal comienza a lamerle los tobillos. Aún hay vegetación. Las raíces de los árboles buscan respirar fuera del agua. Son gruesas. El enemigo se enredará. Agna sabe treparlas. Sabe moverse en ellas como si fueran hierba. Las copas de los árboles más altos ocultan la luz del sol. Solo se

filtra un aura verdosa.

Escucha un búho. No es un animal de la zona y Agna lo sabe. Uno de los árboles oculta a sus exploradoras, y han divisado al enemigo.

¬—Por delante —dice una hermana.

Agna asiente y suspira. El agua ya le llega a las rodillas, y está turbia. Una pequeña corriente de tierra que sube a la superficie. No han sido ellas.

Los ve.

Son cuatro soldados, pero sus armaduras son de cuero, no de metal. Exploradores. Ellos les buscan.

«Bien. Nos acaban de encontrar»

A su lado una hermana comienza a correr sin hacer ruido, apenas altera el agua. Camina sobre las raíces, no sobre el barro. Rodea a los exploradores, y cuando ha dado al resto un buen flanco, se introduce la mano en la boca. Entera, hasta la muñeca. Sus ojos apenas dudan cuando cierra el puño, y la sangre comienza a resbalar por su barbilla. Entonces brama, pero la voz que surge no es humana. Suena a oso. A uno enorme.

Los exploradores se voltean hasta el rugido. Dan la espalda a las hermanas.

Agna comienza a correr y el resto la sigue. Salta, empujando sus piernas por encima del agua, y posa sus pies desnudos sobre el tronco de un árbol. Se impulsa y levanta el hacha. Cae junto a ella.

La piedra se hunde sobre un hombro y llega hasta las costillas. Los otros se giran, pero es tarde. Las hermanas caen sobre ellos como los colmillos de un caimán. Uno pierde la mitad superior de su cabeza. La garganta de un tercero es aplastada. El último trata de gritar, pero le aplastan la espalda con una porra. Apenas bufa cuando su columna se quiebra. Los cuatro cadáveres caen al agua.

¬—Cuatro para Las Sabias —dice la hermana oso, aunque apenas se le entiende con la lengua aplastada.

Las hermanas sonríen, pero Agna no. Siempre se ha preguntado si Dalia fue, al morir, una más para Las Sabias.

Sacude la cabeza.

Agna no piensa. Agna no quiere morir.

* * *

Jolyc se situó junto a Rodrick.

—¿Nada aún?

—Nada aún. Espera la señal de Khager.

El muchacho estaba inquieto. El bochorno del pantano no ayudaba. Tampoco lo hacían la humedad, las moscas, y la peste a agua corrompida que inundaban el sitio.

El horizonte era un pastel de color verde y gris que aburría. El cuadro de un pintor poco inspirado. Donde ellos estaban, a la orilla de la ciénaga, los soldados parecían verlo como un aciago presagio.

—Atacarán en grupos pequeños —gritaba un capitán —. Buscarán vuestros flancos. ¡Son como animales! Pero no las subestiméis. ¡No rompáis la formación!

Al fondo todo era árboles. Los más altos esgrimían copas densas que tapaban el cielo. Los más bajos morían, y sus grises troncos se convertían en la morada de sabandijas de todo tipo. El agua cubría todo, y aunque los soldados parecían desalentados ante pelear de aquella guisa, lo cierto era que para Rodrick era una fuente inagotable de energía donde volcar

su voluntad.

Khager tenía razón. Aquel vergel era demasiado óleo como para que él mismo desechara lanzar una cerilla.

—¿Sabemos algo de los exploradores?
Rodrick pudo ver como al capitán se le había unido otro superior. Lo reconoció como un comandante.

—Tenemos noticias del norte. Nada del oeste o el sur.

Ni siquiera trataron de bajar la voz. Jolyc tragó saliva. Miró a Rodrick esperando que este dijera algo, pero no había nada que decir.
Aún así, la mirada del joven imperaba una aclaración. Una estupidez, en la opinión de Rodrick; sus temblorosos ojos demostraban no necesitar respuesta.

—Están muertos. Las salvajes atacarán por las zonas donde nuestros exploradores no responden.
Lo bueno de ser un peón, era que reconocía bien a los semejantes. Exploradores mandados a morir pada descubrir las rutas de ataque.

—¿Y si es todo un ardid? ¿Y si han dejado viva a la parte norte para luego atacar por ahí?

—No lo harán.

Lo cierto es que Rodrick no sabía la respuesta, pero le daba igual. Ser un peón era cómodo. El mando recibiría alabanzas y vergüenzas por los actos, mientras que el solo cumpliría órdenes.

Ese peso era para Khager.

Agmar se acercó a su lado. Venía sudando por el esfuerzo de levantar la mitad de su peso en fango con cada zancada.

—Ya… —resopló por el esfuerzo. Dejó la frase a medias.

—¿Ahora? —preguntó Rodrick.

Agmar asintió, y Rodrick cerró los ojos.
Los más cercanos sintieron la magia. E incluso los más insensibles a ella, sintieron como se mecía el fango bajo sus botas.

Un arrastre que recordaba al de las olas del mar. Un roce pegajoso mientras los tobillos se iban separando del barro.

Jolyc lo sintió, y el también empezó a conjurar. Levantó las manos por encima de la cabeza. Comenzó a pronunciar palabras. Sus ojos radiaron la luz de su aura cuando el conjuro comenzó a ondear una suave brisa. Las palabras arcanas se murmuraban casi en silencio, pero sus labios parecían esbozar un galimatías con todas las respuestas del cosmos.

Rodrick no necesitaba de tanta parafernalia. Él había sido bendecido con el don. Solo tenía que desearlo. Cuando abrió los puños sintió el agua arremolinarse en sus tobillos. Deseo un remolino, y quiso ser el sumidero. No esbozó palabras un complicado idioma que mutaran la realidad. Se convirtió en La Realidad. En la humedad y el calor.

Esperó al viento que potenciara su magia.

—¡Apartaos! —gritó Agmar y los soldados cercanos retrocedieron unos pasos.

Jolyc no tenía el don, pero sí la dedicación. Sus manos dibujaban runas sobre el aire, y la luz de sus brazos dejaba una estela. Su voz era el portal a realidades imposibles, y de su centro (si es que acaso existe ese concepto cuando el mundo se pliega sobre sí mismo) sonó un silbido. Primero simple, meciendo las hojas de los árboles cercanos. Luego un bufido que levantó las capas de los soldados. Agitó la superficie del agua, y arrancó las hojas de un árbol. Algunos se llevaron los antebrazos al rostro para protegerse de una lluvia que ascendía.

Poco a poco, aquel viento comenzó a convertirse en huracán.

* * *

Agna siente una corriente bajo el agua. Una piel fría le roza los tobillos. Una serpiente. Huye de algo.

Mira a sus hermanas y todas están inquietas.

A medida que avanzan, lo hacen las arqueras, buscando nuevos árboles a los que encaramarse y atisbar al enemigo.

Un graznido emerge de entre las ramas.

Los ven.

Agna se adelanta y se olvida del sigilo. Corre. Recuerda el infierno de la colina, y necesita saber contra que va a combatir.

Y a lo lejos, en la orilla, ve a los hombres. El metal reluce bajo la luz mortecina del sol.

«No…»

Descubre que no es el sol lo que refleja las armaduras. Ve la luz que emana de uno de los hombres. Dos en realidad, pero uno luce cual luna una noche sin estrellas. Tiene los brazos extendidos como las garras de un Draco.

—¡Al diablo de luz! —grita hacia los árboles — ¡Disparad al diablo!

No hace falta especificar más. El otro hombre más cercano mece las manos. Le recuerda a una nodriza acunando a una nacida. Él no es peligroso. El otro… solo el Diablo parece ajustarse a lo que ve…

…y a lo que recuerda de aquel horrible día.

Se escuchan decenas de chasquidos. El sonido de la cuerda al perder toda

su tensión. De las ramas llueven flechas, y a diferencia del metal, las de piedra no destellan con aquel sol.

* * *

La primera flecha impactó contra la tripa de un soldado. La punta abrió la coraza. El desgraciado cayó de espaldas, empalado por algo no menor que una jabalina. Sus tripas asomaron bajo la armadura como los tirantes de un pantalón.

—¡Apresuraos! —gritó Agmar.
Cuando una de las flechas cayó a su lado, tuvo que cubrirse los ojos. El impacto levantó el barro hasta la altura de la cabeza.

Los soldados levantaron sus escudos, y cada flecha que caía abría agujeros sobre el acero. Uno soltó el broquel cuando el impacto le dislocó el hombro. Otro cayó sobre un compañero cuando la flecha le arrancó la cabeza.

Jolyc agilizó su evocación. Apresuró sus manos y trató de cambiar el conjuro. El viento emergió de la orilla y ascendió errático. Trató de desviar las flechas que caían, meciéndolas con el vendaval. Algunas ascendieron. Otras se ladearon.

Aquello le costó la vida.

Cuando Rodrick abrió los ojos no reparó en las embestidas de los proyectiles, pero pudo ver los dos puntos grises que surcaban el cielo en su dirección.

El huracán de su compañero desvió ambas flechas.

El primero cayó detrás de él. Sintió la vibración del impacto.

El segundo crujió a su derecha; donde segundos antes estaba Jolyc.

Desapareció. Solo quedó una mancha oscura. Rodrick quiso buscar que quedaba del joven. Sin embargo, ya tenía a la realidad en su regazo.

Rugió como un animal. Se llevó las manos abiertas al pecho, y luego empujó la nada frente de él.
Eso lanzó a la realidad hacia adelante.

* * *

Agna ve el agua y sabe que no es natural. Lo nota en el bajo vientre, una sima en su inconsciente que le implora a salir corriendo.

Nota como baja el nivel del pantano.
Primero lo siente en las piernas. Una succión hacia la orilla. Casi todo el cenagal parece convertirse en un ser vivo que respira. El agua burbujea cuando, al tirar del terreno, libera el oxígeno atrapado bajo las piedras.

Mira a sus hermanas, y luego a las arqueras. Preparan nuevas flechas. Nadie dispara. Todas están en alerta. Miran a la orilla donde los hombres que visten acero parecen esperar, y donde el diablo de luz comienza a levantar el fango.

Lenguas marrones emergen. Salpican y se expanden. Surgen como los géiseres de las montañas al norte. Los pájaros de los árboles más altos vuelan para escapar.

El diablo de Luz estira los brazos. Golpea el aire con las manos extendidas.

El agua se convierte en montaña y se mueve hacia ellas.

Primero lento. Gana velocidad a cada tramo; también tamaño. Devora todo a su paso. Parte los árboles muertos. Revienta la corteza de los que aún viven con sus copas lejos del suelo. Las ramas estallan.

Es terrorífica, pero también fascinante.
A mitad de camino mide ya más de diez metros. En su cresta cabalgan los destrozos de su arrastre. En vez de espuma, se reflejan las rocas perdidas bajo la superficie. Los troncos grises parecen los dientes de unas fauces. Los colmillos de un monstruo colosal. Imparable; el adalid de la muerte.

—¡Corred! —grita Agna.

Muchas de las guerreras se giran y huyen. Las arqueras saltan de los árboles. El agua apenas les cubre los tobillos cuando antes llegaba a las rodillas. El arrastre genera corriente, hace tropezar a las Salvajes.

Agna lo ve. Lo sabe. No hay escape para aquella barbarie.

No piensa. Actúa.

No huye. Corre en dirección a la corriente, hacia el tsunami. El sudor de su frente levita. Quiere ser absorbido por la ola.

Se pertrecha detrás del árbol más grueso que ve, uno tan alto y anciano que esconde su copa sobre los más jóvenes. El tronco es grueso, y piensa que le dará cobertura.

Ya no ve la ola, pero el rugido es atronador; opaca sus latidos concentrados en la sien.

Agna se introduce entre las raíces, recias y gordas. Se pertrecha mientras reza a Las Sabias.

El impacto llega con una explosión. Entre las raíces su cuerpo se zarandea; rebota en la armadura de madera. Agna se siente un muñeco roto. No sabe cuando comenzó a estar cubierta de agua. Tiene tierra en la boca. No puede respirar.

El árbol entero cruje. Su colosal tronco se mueve y las raíces se levantan cuando la ola rompe contra él. La madera explota por encima de su cabeza y las raíces se liberan del suelo.

La rotura del tsunami libera los escombros. Saltan en todas las direcciones: ramas, piedras, arbustos y barro. Los más pesados; troncos y rocas; se mantienen en el arrastre. El agua libera la corriente con una fuerza atroz. La succión se convierte en empuje. Los arbolillos son desmontados por la inercia. Los más grandes se tambalean y algunos

caen arrancados.

Las Salvajes más lentas son devoradas por el agua. Sus cuerpos se pierden entre litros y kilos de barro. Desaparecen.

Algunas consiguen pertrecharse, buscar zonas altas. Varias caen con los temblores y son engullidas por el desboque. Los escombros que antes volaron comienzan a caer. Son proyectiles de asedio. Parten madera, roca y carne.

Ni siquiera queda sangre para recordar donde cayeron.

Simplemente desaparecen.

* * *

—Que hijo de puta…

Khager y Kroren vieron el tsunami desde cierta distancia. Y sin embargo ninguno fue consciente de haber pronunciado esas palabras, si fue uno mismo o el otro.

Su misión era proteger la parte contraria del batallón, la retaguardia. Allí se guarecían los líderes de la contienda.

Todos parecen haber perdido la compostura, asombrados por aquella muestra de fuerza bruta.

—Algo ha ido mal —expone Khager —La ola ha roto demasiado pronto, le ha faltado fuerza.

—¡¿A eso le ha faltado fuerza?! —pregunta Kroren perplejo.

Pero Khager no necesita explicarse. La ola debería haber avanzado más. Eso podría haberlas barrido a la mayoría y, sin embargo, aquella monstruosidad se había derrumbado antes. Jolyc no conjuró el viento.

«Está muerto»; y no lamentó dicho pensamiento. Uno deja de hacerlo

cuando ya ha perdido unos cuantos camaradas por el camino. Había otras cosas en las que pensar.

Ante ellos parecía haberse abierto la tierra.

La fuerza del empuje había sido suficiente como para arrancar el agua como una alfombra. Donde antes había un manto acuoso ahora quedaban un terreno irregular y encharcado. Lleno de agujeros donde los minerales más grandes se arrancaron de cuajo. La orilla había ganado unos veinte metros hasta que el agua volviera a encajarse, lo cual no tardaría en ocurrir.

El comandante a sus espaldas gritó de júbilo.

—Hemos ganado.

Khager no estaba tan seguro. El terreno era precario. La mayoría de las salvajes aún estarían con vida. Y sin Jolyc con vida el plan cambiaba. Antes de que pudiera dar voz a sus preocupaciones, el comandante dio la orden y los cuernos sonaron.

Los soldados comenzaron la carga.

* * *

En la orilla, Rodrick estaba exhausto. No se dio cuenta cuando las botas de metal comenzaron la marcha a su espalda. Agmar lo agarró para apartarlo, pero ningún hombre quiso pasar cerca de la bestia autora de la barbarie. La orden que minutos antes fue dada por el comandante se desobedeció: Los guerreros rompieron su formación tratando de apartarse del mago.

—¡Vamos! ¡El agua volverá en cualquier momento!

Rodrick se frotó los ojos. Le costaba ver. Los gritos de Agmar se apagaban por la marcha militar. El desfile de espadas, martillos y lanzas que

enmarcarían la contienda.

—El agua… Jolyc debía usar su viento. Rebajar las olas —Le costaba pronunciar cada palabra. El esfuerzo principal residía en pensar todo aquello—.

—Lo sé, Rodrick. Tendremos que hacerlo nosotros.

* * *

Agna recupera la consciencia y cree estar muerta. Solo hay oscuridad. Cuando vomita la tierra mezclada con su sangre es consciente del dolor.

Esta viva.

Aturdida, herida y ciega. Pero viva.

Nota la presión de su rostro. Trata de mover los brazos. Percibe la corteza de las raíces.

Está enterrada.

Trata de escarbar. Puede mover las manos y la tierra es blanda. Pero… ¿hacia dónde? Su confundida mente no diferencia entre arriba y abajo. Si se equivoca de dirección, solo se enterrará más.

Escupe. Siente la saliva resbalando por su nariz, asciende hasta el puente. Ya sabe hacia dónde.

Entierra las uñas. Se las levanta cuando chocan con trozos de madera. No le importa.

Una luz.

Un sonido; metal contra piedra.

Hay un combate encima de ella y no precisa de las Sabias para volver a la batalla.

Emerge con las manos desnudas, sin su hacha. Cubierta de barro.

Dos soldados cercanos se sorprenden al verla surgir. Se descuidan. Agna se abalanza y agarra al primero del cuello. Aprieta el puño hasta que escucha un chasquido. El segundo da un paso atrás, y con su espada trata de estocarla. La bárbara coloca al soldado muerto delante, y la espada chirría contra su armadura. Luego lo empuja, y tanto muerto como vivo caen de espaldas al no encontrar terreno firme con el que pisar.

Agna no ha terminado. Se lanza y cae sobre el vivo. Las rodillas sobre los hombros del soldado, que trata de escapar. Agna le quita el yelmo. Lo alza sobre su cabeza. Lo baja tres veces. Las necesarias hasta hundirle el cráneo.

A su izquierda dos hermanas acaban con otro soldado. Una le ensarta con su hacha en el vientre. La otra le muerde la garganta.

Detrás suya un soldado pica con su lanza a una de sus hermanas. Se ensarta sobre el cuello. Cae en gorgojeos. Cada exhalación suena como un silbato roto.

Otro soldado se protege con el escudo. Ha perdido su espada, y se postra de rodillas para parar los embates de la piedra con su acero.

Hay combate hasta donde alcanza el horizonte. Los gritos y el olor a cobre empapan los sentidos. La sangre se vierte sobre la tierra.

Una batalla justa, y Agna sonríe.

Agarra la espada de su víctima y se levanta. Carga contra el soldado de la lanza, que vuelve a apuñalar a su oponente en el suelo. Agna le abre el yelmo con la espada. Llueve carmesí bajo los remaches de cuero. Luego se acerca al cadáver de la hermana y le arrebata su hacha. Prefiere la

piedra al metal.

Es con peso como ha aprendido a luchar.

* * *

Agmar tiró de Rodrick hasta el campo de batalla, pero al segundo le costaba moverse. Sentía los músculos adormecidos por la evocación, y dudaba que pudiera aportar ninguna ayuda.

—¡Date prisa, joder!

Los soldados y las Salvajes arremetían entre ellos. Estaba siendo una carnicería. Habían sobrevivido demasiadas y ahora daban cuenta de los soldados.

—¡Apenas puedo mover! ¬—La súplica de Rodrick no surtió efecto, y Agmar tiró con más fuerza.

Le agarraba del peto de cuero. Notaba el suelo cada vez más húmedo.

—El pantano está volviendo, Rodrick. Si no nos damos prisa estamos jodidos.

Aunque aún estaban lejos, una de las Salvajes surgió de la nada. Tenía el pelo azulado y la mirada cetrina. El cuerpo hercúleo se olvidaba de los cánones de belleza. Corrió hacia ellos bramando como un animal. Agmar soltó a Rodric. Este, incapaz de sostenerse, cayó al suelo.

La mujer levantó una cachiporra de piedra, pero Agmar fue más rápido. Era una runa fácil de dibujar en el aire, y en su mente. Cuando extendió su mano, la bárbara voló en la dirección contraria a su carrera. Una explosión acústica que le reventó los tímpanos y los ojos; licuó el interior del cráneo. El cadáver convulsionó un largo rato.

Rodrick trató de levantarse. Agmar volvió a agarrarle.

—¡Si no te das prisa vamos a morir todos!

—¡Yo no puedo hacer nada! —Sollozó Rodrick ¬—¡He gastado toda mi magia de una sentada! ¡Y aunque pudiera no podría hacer los conjuros de Jolyc! ¡Son demasiado complejos!

Agmar bufó enojado.

—¡Maldita sea! ¡Son conjuros simples, coño!

Pero Agmar entendía.

Entendía que Rodrick era solo fuerza bruta. Un puto inepto. Poderoso, pero inútil. La única razón de que lo contrataran en el ejército era evitar que los rivales lo hicieran suyo. Sintió asco y pena, a partes iguales, por aquel poderoso hombrecillo que gimoteaba sus miserias.

—Ya me encargo yo. Muere por aquí, puto gilipollas.

Y tras aquello, Agmar le soltó. Lo abandonó y marchó hacia la batalla. Si Rodrick quería ganarse el jornal, que hiciera lo mismo.

* * *

Agna aprieta los dientes cuando la espada le cruza el hombro. No es un corte profundo. Aprovecha que el sable ya ha segado para abalanzarse contra su oponente.

El soldado no tiene la misma suerte. El hacha no se entierra en su hombro, sino en su pecho. Lo parte en dos.

—¡Otro para Las Sabias! —Ruge, y las hermanas cercanas rugen con ella.

Los cadáveres se amontonan. Hermanas y soldados por igual. Pero Agna sigue viva.

No piensa.

Carga con sus compañeras contra el metal, y lo agrietan hasta llegar a la carne.

Luchan con la piedra.

Degüellan con sus uñas.

Aplastan con sus dientes.

La furia y pureza de la guerra contrae las mentes. Evita que, hermanas y soldados, descubran como el terreno comienza de nuevo a aguarse. Primero lamiendo a los muertos y los tobillos de los vivos. En menos de un minuto comienza a ocultar a los primeros, y a lamer las rodillas de los segundos.

Los combatientes descubren que el cenagal está volviendo justo cuando lo hace el oleaje. La inercia de la vuelta no es brutal, pero sí sensible. Una de las hermanas trastabilla cuando un soldado la embiste con su martillo, y el golpe le aplasta el hombro. La misma ola mece a otros combatientes, alterando el curso de la batalla.

* * *

A Rodrick es el agua quien le despierta. No cree haberse desmayado, aunque sí perdió la noción del tiempo. Su abotargada mente comenzó a volver en sí tras un lapsus entre la realidad y su inconsciente.

Sintió el barro que le enterraba las rodillas, y trató de levantarse. Sentía los músculos de los gemelos como un hormiguero, y cuando trató de

soportar el peso de su cuerpo, por poco grita de dolor.

Una pequeña ola casi le tumba. Tuvo que arrodillarse para no perder el equilibrio.

Con la mirada borrosa, trató de otear la batalla. Era como mirar tras una densa niebla. Se frotó la cara con las manos manchadas de barro, y cerró los párpados con fuerza; hasta ver chiribitas. Cuando los volvió a abrir, a su vista se le unieron los sentidos.
El olor a la tierra infértil tras la riega de sangre. El sonido de los gritos. El tacto pegajoso del lodo. El ácido en su garganta.

Se levantó como pudo y pensó en volver a la orilla.

Entonces le vio.

Él, que había desaparecido, estaba justo ahí. La flecha le había empalado el pecho, pero se mantenía de pie.
Jolyc tenía la mirada perdida. La piel del rostro agrietada. Sus ojos eran canicas que reflejaban la luna a pleno día.

«¡Maldita sea! ¡Ya ha empezado!»

Y asustado trastabilló. Él, que era pura magia, sintió la oscuridad de lo que tenía delante.

Si la magia era vida, la realidad, aquello que Las Sabias usaban era justo lo contrario; trasmutando lo irreal.

El cadáver empalado de aquel joven reparó en el mago. Chasqueó los dientes y erizó sus dedos cual garras. Comenzó a correr hacia Rodrick, y ni el peso del agua parecían menguar su velocidad.

* * *

—¡Otro para Las Sabias! —grita una Hermana y Agna se une al bramido

general.

El agua se agita bajo los combatientes.
Agna sonríe.

«Las Sabias ya tienen suficientes»

Las hermanas carcajean, silban, vitorean.

Sus alabanzas son un gruñido animal que confunde a los soldados.
Cuando los muertos comienzan a emerger de la ciénaga, cunde el pánico.

Tanto guerreros como Hermanas. Todos los caídos se levantan. Una magia tan oscura que enfría el agua que los cobija.

Todos con la piel agrietada. Algunos inflados, a pesar de la muerte reciente.
Los ojos blancos como la nieve.

Los soldados tratan de retroceder. El enemigo se acaba de multiplicar.
Entre varios muertos arrastran a un soldado bajo el agua y se tiñe oscura.
Uno de los soldados siega la cabeza de un camarada caído.

Las picas empalan los cadáveres. Un martillo aplasta el cráneo de una hermana muerta y de mientras, las que aún viven dejan sus vitoreo para volver a la carga.

Agna cabalga entre los muertos. Pisa a los que se arrastran bajo el lecho para buscar estabilidad y salta sobre el enemigo.

Acaba con dos que, de tan confundidos, ni siquiera ven los hachazos llegar.
Agna siente el triunfo. Lo siente suyo. Esta batalla es de ellas.

Las hermanas prevalecerán.

Las Sabias han traído la victoria.

Y ocurre lo peor que puede pasarle. Aquel sentimiento la reconforta, la relaja, y entonces ve a una de sus hermanas emerger. Tiene el rostro desfigurado por algún golpe. No tiene rostro ya que la identifique. Solo es carne que se agita hacia el enemigo.

Dejó de vivir el presente y pensó en Dalia.

En como ardió en la colina. Sabía que su carne calcinada apenas aportaba nada a Las Sabias, pero se preguntó si tal vez se hubiera alzado. Los muertos reanimados se descomponían rápido hasta que se detenían.

Por primera vez en su vida Agna se planteó si las hermanas levantadas sentían el dolor de sus heridas. Y se preguntó si Dalia, reanimada, sintió el dolor de las heridas del fuego, el olor a su carne quemada… hasta que se descompuso lo suficiente como para dejar de moverse.

¿Y si aún le dolía?

Agna sintió la enfermedad recorriendo su mente. El picor en su cerebro de la perdida de un ser amado.

Y no vio al Mago que conjuraba cerca suya.

Aquel hombre debió haber resaltado para un instinto primal como el suyo. No vestía de acero, sino de cuero. Era enclenque a diferencia de los soldados.

Pero no le vio.

Cuando el conjuro hizo efecto, Agna dejó de pensar. En la oscuridad ya jamás volvió a hacerlo.

* * *

El presente se postraba horrible para Rodrick.

Ya no quedan sitios para lamentos. No hay hueco para el pasado

desperdiciado.

El cadáver de Jolyc corre hacía Rodrick, y este apenas puede moverse. El agua pesa demasiado para sus adormecidas piernas. Trata de huir, pero escucha el chapoteo a su espalda. Un ruido tenue que sobresale sobre la batalla cercana.
Se gira. Sabe que no hay posibilidad de huir. Le da tiempo para ver como Jolyc se encoge para iniciar un salto. Rodrick se protege con los brazos cuando su camarada caído le embiste. Juntos caen sobre el lecho de la ciénaga.
Se sumergen.

Rodrick apenas puede ver. Forcejea a ciegas. Un calambre le asciende hasta el hombro cuando Jolyc clava sus colmillos en su muñeca. Llega hasta el hueso.

Pero Rodrick quiere vivir. Sigue pataleando, sin saber hacia donde proyecta sus golpes.

Bajo el agua no puede respirar. La traga como si fuera aire. Se ahoga.

Rodrick recuerda el conjuro que vio a Agmar. Parecía una runa sencilla, pero no le quedan fuerzas.

Jolyc vuelve a morder, esta vez por encima del codo.

El mago grita. Apenas tiene unas pocas burbujas, inmutables bajo la agitación del agua.

«¿Cómo era la runa?»

Pero a él no le hacen falta runas. Solo ser la realidad. Mutar la realidad.

«Serás un conquistador»

Y por primera vez en muchos años, Rodrick descubre que estaba a tiempo

de serlo.

«Uno entre un millón» habían dicho algunos. Decide tener fe en las palabras de su padre. En sí mismo. En un destino que no dejaría que la improbabilidad fuera derrotada por la casualidad.

Piensa en el conjuro. Aún tiene fuerzas. Un último esfuerzo. Solo la suficiente fuerza como para destruir al cadáver que trata de arrancarle la carne a mordiscos.

Se concentra.

Jolyc le muerde. Esta vez en la garganta.

Rodrick pierde la concentración. La magia emana de él con todo su miedo. Se desboca como nunca lo ha hecho. Ya no es disciplina. Es sentimiento. Un terror puro como jamás ha conocido.

La explosión arrasa la mitad de la ciénaga.

Incluido a los que aún combatían.

Incluido a él mismo.

* * *

Khager escribió su informe aquella misma noche. Lo hizo mientras los soldados festejaban una victoria amarga. Todos los de la ciénaga habían muerto, y eso incluía a Las Salvajes. Toda una tribu perdida por una explosión.

La luz casi deja ciega a la retaguardia, que aún se mantenía lejos de la ciénaga, junto a los altos mandos que divisaban el combate.

Sin embargo, su mente es la de un estratega. Mientras escribía, no podía

evitar pensar en lo que ocurriría a continuación.

Sabe que tendrá que dar explicaciones. Su plan acabó con la vida de muchos guerreros valiosos, y la de tres magos que, a estas alturas de la guerra, serían irremplazables.

—Pero hemos ganado. ¿No es lo que queríais? —diría sin inmutarse —. Ya solo quedan Las Sabias. Sin ejército caerán rápido.

Eso bien le valdría un minuto de silencio. Pero los altos mandos estarán enfadados, no les valdrá solo con eso.

—Son demasiadas vidas. ¿Sabías que Rodrick estallaría?

Khager sería sincero, aunque bien le hubiera gustado llevarse el mérito.

—Su naturaleza era demasiado entrópica. No sabía si pasaría, pero no desechaba la posibilidad.

—¿Por eso le mandaste a la cabeza del combate?

Khager adoptaría una expresión severa.

—Rodrick era un buen hombre. Ojalá hubiera tenido más fe en su disciplina. Pero yo tengo que trabajar con lo que tengo. No con lo que podría ser. Lo mande a la vanguardia por que prefería que, de llover mierda, mejor por delante que por detrás nuestra.

Sería una mezcla de compasión y pragmatismo. Incluso en su enfado, el alto mando entendería.

Tal vez le cayera un pequeño tirón de orejas, pero todo se resumiría en su primera frase.

«Pero hemos ganado»

Sabía que no lo harían, pero fantaseó con que le preguntara que haría a continuación. Entonces respondería:

—Mandadme a la siguiente batalla. Dadme peones, alfiles, torres y caballos, y ganaré esta partida para vosotros.